

XXIV Pregón Estudiantes 2013

Reverenda Madre Abadesa y comunidad de este Convento Concepcionista.

Ilustrísimo Sr. Deán de la Santa y Apostólica Iglesia Catedral de la Encarnación y Consiliario de la Hermandad de Estudiantes.

Sr. Hermano Mayor y Junta de Gobierno de la Real, Ilustre, Concepcionista y Universitaria Hermandad de los Estudiantes.

Representantes de las hermandades presentes. Cofrades.

Señoras y señores, hermanos todos.

Imaginaba que algo de esto iba a pasar.

No, no lo imaginaba; tenía la certeza absoluta de que hoy aquí, mientras que yo ahí abajo me retorecía los dedos y me comía las uñas contagiado del mismo miedo que antes que a mí habrá atenazado a los otros veintitrés hermanos que han proclamado su pregón a lo largo de los años anteriores... de que hoy aquí, digo, en medio de mi angustia aparecería la figura de un ángel amigo para allanarme y hacerme más fácil la espera, para darme con sus palabras la tranquilidad que me falta y el empujoncito cariñoso que tanto necesito para afrontar este difícil reto.

Gracias de todo corazón, queridísimo Pedro, por tus palabras que acepto y acojo con el mismo cariño con el que sé que tú las has pronunciado... pero ustedes no le hagan mucho caso, ya saben que la amistad, como el amor, muy a nuestro pesar no nos deja ser objetivos. Es lo que tiene...



ahora les contaré yo la verdad y ya, si eso... pues ustedes mismos.

Verán: Yo, con un micrófono de por medio, he hecho prácticamente de todo a lo largo de mi vida. Me he atrevido con todo: presentaciones, recitales, conferencias, festivales... Sólo me he negado con rotundidad a una cosa; jamás había aceptado hacer un pregón. Proclamar un pregón es algo tan importante, tan serio, tan difícil... Yo lo que sí he querido siempre es ser juglar... pero, ¿pregonero?

Para ser juglar basta con disfrazar el cuerpo con ropajes de colorines y buscar las más hermosas palabras y adornarlas con la mejor música, y jugar con las men-

tiras hasta lograr divertir o emocionar a un auditorio haciéndole vivir un sueño, una ilusión, una evasión de su tantas veces triste rutina diaria...

Pero para hacer un pregón no valen las palabras, ni los disfraces. Para hacer un pregón hay que desnudarse del todo y apartar los ropajes que nos diferencian y abrir el corazón a la verdad y ofrecernos tal como somos para que quienes nos escuchan descubran que, en el fondo, todos comulgamos de las mismas experiencias, que a todos nos pasa lo mismo, que todos buscamos lo mismo... y así todos seamos al mismo tiempo pregoneros buscando y proclamando la verdad... porque LA VERDAD NOS HARÁ LIBRES.

Y esto no es fácil, amigos... o, al menos, a mí así me lo parece.

Por eso siempre me había negado a ser pregonero... Siempre, hasta que mi concejal de Roquetas, me dijo: "Juanjito: Quiero que este año tú pregonas la Navidad". Sólo Dios y ella saben lo mucho que me costó decir que sí... y lo mucho que, ahora, un año después, me alegro de haberlo hecho.

Bueno, pues una y nada más, Santo Tomás, me dije... porque, ¿cómo le podía yo negar algo a Roquetas, que tanto me ha dado a mí desde que hace ya muchos, muchos años cambié la sombra de los muros de la Catedral por la fresca brisa de la batería del Castillo de Santa Ana?

Hoy es, por tanto, la segunda vez en mi vida que acometo la osadía de intentar proclamar un pregón. Y esta vez le tengo que echar la culpa a la tenacidad y el poder de persuasión de José Luis Cantón quien, ante un fortuito encuentro con café inclui-

do en el Kiosco Amalia, supo usar los únicos argumentos ante los que yo, como el año pasado en Roquetas, no podría negarme.

O sea, mis queridos hermanos, que ésta va a ser mi primera levantá y, si Dios no dispone otra cosa, la única chicotá; chicotá que afronto con la seguridad de que cuento con vuestra mejor predisposición: De manera que... "¿Estáis t'os? Pos vamos allá... t'os por igual, valientes... ¡A ésta es!".

Veréis: yo nací en 1945 en Almería y aquí viví toda mi infancia y mi juventud.

La calle Cisneros, el rincón de Espronceda, la placeta de Los Olmos con su patio y su balsa, el Lugarico, la calle del Cubo, los jardines, que entonces los había, de la Plaza de la Catedral, alfombrados de flores de jacaranda mimosifolia, con su fuente de mármol en medio, fueron los escenarios de mis primeros juegos de niño, de aquellos interminables partidos de fútbol, que sólo se interrumpían cuando, muy de vez en cuando, se escuchaba sobre los adoquines el trote cansino de un coche de caballos que se acercaba. - "Cada uno en su sitio, no vale moverse, la llevaba yo"- . Momento que algunos aprovechábamos para, colgándonos del portaequipajes, robar algunas algarrobas de la comida de los caballos... hasta que algún "cabrito" gritaba aquello de "¡Atrás, cochero!"... y había que saltar a la carrera antes de que el látigo manejado con maestría te dejara en su restallido una dolorosa marca en las piernas desnudas.

Si, mi infancia y mis rodillas tienen rasponazos de casi todos los callejones de eso que ahora llaman "el casco histórico".

Mi madre me llevaba de la mano a la “escuela de los cagones”, donde El Corazón de Jesús. Luego fui a la Graduada de la calle Arráez, muy cerca de esta casa convento; después al Colegio San José, en la esquina de la Calle de la Reina. El bachiller aquí mismo, en el Diocesano...

El primer desfile procesional de Los Estudiantes lo sentí yo desde el vientre de mi madre cuando las ruedas del trono del Cristo chirriaban a empujones bajo la pétrea mirada del Sol de Portocarrero.

En los años siguientes, ya suelto de manos, me sentaba con los amigos de la pandilla en los escalones de la Escuelica de Los Seises a ver lo guapa que venía la Virgen de la Esperanza con su manto verde... y luego repetíamos el viernes para echarle piedras en la cola a los penitentes negros del Entierro.

Era inevitable que pronto fuera un seguidor de los Estudiantes dispuesto a integrarme en la vida de la Cofradía y a vivir ilusionado cada salida en la noche del Miércoles Santo. Primero, muy niño aún, con el cingulo de esparto y arrastrando la cruz al hombro acompañando a la Oración en el Huerto; luego con la túnica blanca y el capirote verde de La Esperanza y, pasando el tiempo, en mis últimos años de vida cofrade, recuperando la túnica negra y el esparto para abrir cada año el desfile procesional con capa y báculo.

Fueron muchas y muy hermosas las experiencias compartidas durante más de 25 años... Años en los que, a nuestra manera, intentábamos vivir nuestra religiosidad en torno al Cristo arrodillado y a nuestra Madre del Amor y La Esperanza. Religiosidad primera con la ingenuidad

de los niños, luego con la insolencia del adolescente, después con la rebeldía de la juventud...

Cuando llegué a Roquetas como maestro me encontré con una situación muy curiosa. La inmensa mayoría de mis alumnos eran hijos de agricultores y vivían en los pequeños cortijillos desperdigados entre los invernaderos. Cada familia construía una balsa para el riego de sus parcelas... y para hacerlo, como no tenían “posibles”, solicitaban la ayuda de sus vecinos que en muchos casos eran familiares venidos de los mismos pueblos de Granada... Y cada vez que se terminaba una balsa, todos los que la habían hecho posible se reunían a celebrarlo en una pequeña gran fiesta en la que se mataba un choto y se tomaban unas cervezas... A mí me invitaban los padres para que fuésemos a compartir la fiesta con ellos... pero pronto me di cuenta de que ese no era mi sitio. Aunque yo era bien recibido por todos... me sentía sin ningún derecho a celebrar con ellos un trabajo que no había realizado, en el que no había colaborado, al que poco o nada había podido aportar.

Y fue ese mismo sentimiento el que un día me hizo decidir no vestirme más de penitente.

La cofradía fue durante muchos años, como ya os he dicho, mi casa, el lugar de encuentro con los hermanos que no tuve, la balsa que debía construir con ellos.

Cuántas cruces repintadas de negro, cuántas bombillas roscadas en los cirios, cuánto brillo a los faroles, y a los varaes, y a los báculos... Cuántos viajes hasta el sindicato de la aguja para recoger túnicas y capirotos; cuántas cañas cortadas a na-

vaja y cuánto alambre para clavar las flores en el paso, y cuántas flores robadas en los jardines a espaldas de los guardas... Luego, según nos íbamos haciendo mayores, nos fuimos volviendo más serios... Ya no arrancábamos las flores... sólo cortábamos rosas... y a tijera.

Cuántas horas montando los pasos, poniendo las ceras, atornillando varales, candelabros y faroles de cola...

Era un atracón, un auténtico atracón de trabajo ilusionado. Esas noches larguísimas, casi eternas, encerrados en la Catedral convertida en un mágico taller inmenso en el que un grupo de jóvenes inquietos, nos empeñábamos en mantener viva una Semana Santa que agonizaba ante la endémica indolencia de una Almería en blanco y negro y que nosotros iluminamos con el rojo y el verde de Los Estudiantes.

Recuerdo con verdadera emoción aquella madrugada de Martes Santo. Ya habíamos colocado la última vara de alhelíes - "alheliiiíses" cantábamos nosotros con el soniquete de una canción de la época - y el paso de la Virgen lucía en todo su esplendor.

De pronto alguien, pudo ser José Luis López Gay o Pedro Pavón o Carlos Galices o Luis Orts o cualquier otro, no lo recuerdo bien porque ya me falla el disco duro, se inventó la última locura de la noche: "¡Vamos a sacarla a la calle! ¡Os atrevéis?".

¿Qué si nos atrevíamos...? Cerrojazo, puertas abiertas, calzos al suelo para salvar el tranco, todos a empujar como un solo hombre... Y el silencio de la plaza callada se llenó de campanillas. ¿Habéis visto

cómo suenan las campanillas de La Esperanza?

No sabíamos si podíamos hacerlo o no; nadie nos había dado permiso... porque a nadie se lo habíamos pedido. Algunos miraban hacia el balcón de Palacio temiendo que se encendiera alguna luz y que, como dicen en Roquetas, "hubiera faena".

Pero aquella madrugada, la Madre escuchó por primera vez, bajo la luna redonda de abril, como sus hijos, entre lágrimas y risas, le rezábamos desde el fondo de nuestros corazones una oración antes de irnos a descansar.

Hablando hace poco de esto con Antonio Salmerón, me dijo que todavía lo seguís haciendo. ¡Claro, si es que no podía ser de otra forma! ¡Qué bien! ¡Por favor, no dejéis nunca de hacerlo!

Porque en aquella primera madrugada, mirando a la Virgen que estaba en la calle sólo para nosotros, todos éramos uno.

Debía de ser allá por el 69 ó 70 ó 71, no lo recuerdo... Lo que sí que recuerdo, lo que nunca podré olvidar, es que enlazados por los hombros, todos nos sentíamos de verdad hermanos.

Si había habido algún disgusto, si alguien había discutido con alguien, si se habían creado roces con la tensión de las muchas horas de trabajo... la mirada dulce de La Esperanza hacía que todo se olvidara, que todo desapareciera, y sólo quedara sitio para el piropo a la Madre y el abrazo al hermano.

¡Por favor, no dejéis nunca de hacerlo!

Así, después del trabajo, sí que me lucía disfrutar con todos mis hermanos de la Gran Fiesta de sacar la procesión a la calle

para enseñarle a toda Almería que nuestra Semana Santa seguía estando viva... y que lo estaría siempre porque allí estábamos Los Estudiantes.

Cuando otras responsabilidades ya no me permitieron dedicar mi tiempo y mi trabajo a la Cofradía, me negué a ser "nazareno por un día".

Por eso hace muchos años que dejé de salir con vosotros aunque aún tengo guardados el antifaz - nosotros lo llamábamos "el capuchón" - con su borlón dorado en la espalda, la capa con el antiguo escudo y la túnica negra con botonadura roja que me hizo a medida doña Carmen Góngora... Pero os doy mi palabra de honor de que nunca he dejado de sentirme hermano vuestro. Y que mi familia nunca ha faltado a su cita con Estudiantes para vivir con vosotros en la calle la gran catequesis de cada miércoles santo.

Os confieso una cosa y os pido que sepáis entenderme: ya os he contado que soy un "antiguo" del casco antiguo, ¿verdad? Pues es en sus calles estrechas donde de verdad me gusta encontrarme con vosotros, donde necesito encontrarme con la mirada de ese Jesús abandonado que me busca entre la gente y que me llama por mi nombre, y que me pregunta como entonces a Pedro: "¿Duermes, Simón?".

Necesito su mirada... y la encuentro, sobre todo, cuando hacéis una pará y el paso de misterio se va a tierra, y los costaleros se pasan el agua para mitigar la sed bajo las trabajaderas, y se relaja la disciplinada formación penitencial, y se apaga la música y sólo se escucha el silencio: un silencio de siglos, un silencio que hierde...

Fue por la primavera. Un viento anocheado
empujaba la pompa de jabón de la luna.
El Cedrón susurraba como niño dormido.

Getsemaní crecía su aceituna.

Fue por la primavera. El olivar bebía
la clara madrugada.

Dios oraba y gemía
a Dios, sobre la tierra ensangrentada.

(...) *(Carlos Murciano)*

Dios oraba y gemía a Dios... pero parece que Dios no lo quiere escuchar. Como respuesta, Jesús, el Cristo, sólo encuentra el silencio: el terrible silencio de Dios.

El domingo era triunfalmente recibido como un rey en Jerusalén por una multitud enfervorizada que gritaba "Hosanna al hijo de David", "¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!".

Hoy, apenas cuatro días más tarde, ese mismo hombre va a ser traicionado, abandonado, entregado, negado, condenado a muerte...

Getsemaní: la noche ya crecida
de estrellas entre el chopo y el olivo
tiene un temblor de luna, un aire esquivo
de oscuro grito y sangre presentida.
La noche viene exacta, a la medida
para esta voz que clama al rojo vivo.

(...) *(Julio Mariiscal Montes)*

- "¡Abbá, Padre, Papá! Todo te es posible, aparta de mí este cáliz; pero que no sea lo que yo quiero, sino lo que quieres Tú".

(Mateo 26, 39)

Frágil voz del Maestro arrodillado
entre olivos patéticos del huerto
que, en la oración divina, han descu-
bierto
el fulgor nazareno conturbado.

Getsemaní silente ha presenciado
un viscoso sudor helado y yerto,
la sangre presagiando al hombre muerto
y a Cristo por el ángel consolado.

La amargura en Jesús se hace puñal
hallando a sus discípulos dormidos
y escuchando a la turba en lontananza.

Ya se acerca el instante más crucial
con el beso traidor entre rugidos
y en la Madre... un suspiro de esperan-
za.

(Antonio del Castillo Vico)

Mientras al fondo de la calle en sombras
se presiente como un amanecer el fulgor
que nos anuncia que la Esperanza ya vie-
ne, que está en la esquina y que va a tomar
la revirá, Jesús continúa postrado, quieto,
silente, en su paso aún inmóvil... y desde
él sus ojos me siguen buscando como yo
busco los suyos; como los buscan tantos
y tantos hombres y mujeres que esperan
apostados junto a la pared y que sienten
hoy, como él entonces, el abandono más
absoluto, la soledad más completa.

Es el hombre de hoy que ve como todos
esos dioses pequeños con los que ha ido
desplazando a Dios de su corazón de hom-
bre se empiezan a derrumbar: el poder, la
riqueza, el trabajo, la salud, los amigos,
la familia, la seguridad, la estabilidad...

Y ese hombre que mira a los ojos de
Jesús-Dios y le cuenta los problemas que
le ahogan... se encuentra con un Dios
hombre que está viviendo esas mismas

experiencias... y descubre en ese diálogo
que eso que a él le está pasando también
lo está pasando Jesús. Jesús sufre como
hombre, ora y llora como hombre, com-
parte todos los problemas del hombre,
porque Él, que es Dios, se ha encarnado
hombre para que un día el hombre pueda
ser Dios.

El hombre puede ahora mantener su
mirada y hablarle de corazón a corazón:

Perdóname la ofensa de pedirte
y déjame sentirme hoy tu amigo;
déjame estar postrado aquí contigo,
pues ya no sé qué hacer ni qué decirte.

En silencio me quedo por no herirte
con las torpes palabras que te digo;
pero dame tus manos, ven conmigo,
dame fuerzas, Señor, para seguirte.

(...) *(Jacinto Martín Martín)*

Ya no sé qué hacer ni qué decirte...
pero dame fuerzas... ayúdame a salir de
este laberinto sin salida... de esta cárcel
que me encierra... ¿Qué puedo hacer,
Señor? ¡Dímelo tú!

Y Jesús, desde el Huerto de los Olivos
nos da la única solución,

porque sólo él tiene la respuesta: "¡Que
se haga, Padre, tu voluntad!".

Su Santidad el Papa Benedicto XVI,
en la catequesis que el 1 de febrero del
pasado año impartió a los miles de pere-
grinos que acudieron al Aula Pablo VI,
nos lo recordaba:

"Jesús, en su Oración en el Huerto,
nos dice que sólo conformando la propia
voluntad con la voluntad divina, el ser
humano alcanza su verdadera altura, se
hace 'divino'; porque - son palabras del

Papa - (...) la tierra sólo se hace cielo, lugar de la presencia del amor, la bondad, la verdad, la belleza divina, si en ella se hace la voluntad de Dios".

El Paso de Misterio sigue detenido y se puede escuchar la respuesta de Jesús, su explicación a lo que nos parecía inexplicable, sus palabras de ánimo y de esperanza...

No pretendo engañarme ni engañaros.
Cuanto soy lo mantengo abiertamente.
Enviado del Padre Omnipotente
a la tierra bajé para enseñaros
la antigua profecía que en amaros
se fundamenta clara y evidente;
por eso, repartido entre la gente,
solo, me quedaré para salvaros.

(Pedro González Navarrete)

Yo no estoy derrotado, mi vida tiene valor porque a Jesús le interesa mi vida, se hizo hombre y nació por mí y ahora se va a entregar para salvarme, se va a quedar repartido entre la gente, presente en cada hombre... para salvarme. ¡Dios me quiere! Aunque todo me falle, aunque todos me dejen... ¡Dios me ama!

La clave está en el amor.

Si; definitivamente a Dios le importa mi vida y la comparte... y por eso mi vida crece en importancia. Y eso hay que celebrarlo, y proclamarlo para que todos se enteren de los motivos de mi alegría, de las razones de mi esperanza:

"Quiero lo que quieres, quiero porque quieres, quiero como lo quieres, quiero hasta que quieras"

(Misal Romano, Acción de gracias después de la Misa, oración universal de Clemente XI)".

Suena el llamador y hay como un revuelo en la calle, todo el cortejo se agita como si acabase de despertar de un largo sueño. A la voz del capataz se alza el paso del Cristo y poco a poco la procesión se ha puesto en marcha. La figura de Jesús, arrodillado junto al ángel, se va alejando de mí...

Y ahora me estoy dando cuenta de lo bien que lo lleváis, de la sencilla belleza que se desprende del paso a cada mecía, de cómo cuidáis hasta el mínimo detalle, del profundo respeto con que sacáis a nuestros titulares y los procesionáis para que la noche almeriense se impregne con el fervor cofradiero de Estudiantes.

¿Cómo puede alguien pensar que nuestra Semana Santa es una fecha más en el calendario de ferias? ¿Cómo se atreve nadie a decir que una procesión es sólo una fiesta, una muestra más del alegre y vistoso folclore andaluz? ¿Cómo se puede estar tan ciego como para ver sólo el dedo que nos está mostrando la luna?

Alguien escribió una vez:

Entro, Señor, en tus iglesias...

Dime, si tienes voz, ¿por qué siempre vacías?

Te lo pregunto por si no sabías que ya a muy pocos tu pasión redime.

Respóndeme, Señor, si te deprime decirme lo que a nadie le dirías: si entre las sombras de esas naves frías tu corazón anonadado gime.

Confíesalo, Señor. Sólo tus fieles hoy son esos anónimos tropicales que en todo ven una lección de arte.

Miran acá, miran allá, asombrados, ángeles, puertas, cúpulas, dorados...

y no te encuentran por ninguna parte.

(*Rafael Alberti*)

Ese alguien se llamaba Rafael Alberti... y Aberti se equivocaba. Como su paloma, aquella que creyó que el mar era el cielo, que la noche la mañana, que las estrellas rocío, que la calor la nevada... se equivocaba... se equivocaba.

A Dios, al Señor, es muy fácil encontrarlo.
" ... por eso, repartido entre la gente, solo, me quedaré para salvaros."

Sí, Rafael se equivocaba... a nuestro Señor es muy fácil encontrarlo... Cómo no va a ser fácil, si Él mismo sale a la calle a buscarnos. Los fieles del Señor nos encontramos con Él en cada hombre, en todas partes... y, desde luego, aquí, en la estación de penitencia de Estudiantes.

Cuando el Miércoles se abren las puertas de la Catedral y aparece la Cruz de Guía, no sale una procesión a la calle... Estudiantes saca la Iglesia a la calle para que todos, sin dudas ni miedos, nos encontremos con el Señor.

Yo, desde luego, dentro de diez días quiero estar como cada año aquí, en la puerta de Las Puras, con los míos y con vosotros, para emocionarme un año más con su mirada cuando lo paréis... y luego esperaré a que llegue Ella y me recuerde, con las mismas palabras que aquel día en Caná de Galilea, que cuando la fiesta de la vida se nos agüe sólo hay una manera de que un milagro nos devuelva la alegría: "¡Haced lo que Él os diga!".

Gracias, Madre, por tu Amor y mi Esperanza.

Y cuando crucen el aire, como saetas, las notas de una guitarra que canta su

oración a la Virgen, yo quiero, cerrados mis ojos, sentir un año más la ilusión de que soy uno de vosotros, hermanos costaleros, esperando que suene el llamador que me permita levantar a la Señora

COSTALEROS

Está la pierna izquierda flexionada.
Los de abajo contienen el aliento.
El silencio solemne del momento
hace temblar la noche emocionada.

Tres golpes de martillo... y la mirada,
la serena tensión y el ritmo lento
acompanan el pulso en movimiento...
y la Virgen vuela al Cielo acariciada.

Cuando se inicia el mágico ritual,
bajo el rugoso cielo del tablero,
la voz del capataz, que es compañero,

es todo tu horizonte, costalero:
¡Vamos, valientes, tos por igual!
¡Venga de frente!, ¡Menos paso quiero!

Jacinto Martín Martín

Y se irá la Virgen por la calle José Ángel Valente buscando la calle Arráez... y yo no podré evitarlo, pero al ver cómo se refleja su palio en los cristales de aquella ventana... me acordaré, un año más, de un hermoso poema que escribió el padre Ramón Cué pensando en Sevilla... pero que estoy seguro que a él no le importaría que yo me lo traiga a Almería para poner el punto y... final? a este pregón.

LA CALLE FERIA... Versión para La Esperanza de Estudiantes.

¡Ay, aquella ventanita
de la callejuela estrecha
donde se asoma la niña
de cutis azul y ojeras,
la niña que mira triste

y está enferma!
 Siempre, cuando pasa el palio
 verde de la Madre Buena
 se para ante la ventana,
 y como es la calle estrecha
 saca su brazo de luna
 y acerca el palio, y lo besa...
 Y en el terciopelo verde
 sus labios de rosa seca
 dejan temblando un suspiro
 junto a los flecos de seda:
 -"¡Tú que pasas, Esperanza,
 sáname, que estoy enferma!"
 Y se cierran los cristales,
 y la procesión se aleja,
 y en el bordado del palio
 una flor más centellea
 como los ojos con fiebre
 de la niña azul enferma...

Otra vez Miércoles Santo.
 La Esperanza ya se acerca.
 Ya está junto a la ventana
 buscando un beso su seda...
 Por detrás de los cristales
 se asoma la niña enferma...
 Pero no sale, le daña
 la brisa del alba fresca,
 y tras la ventana llora
 más azul cutis y ojeras...
 En el palio tembloroso
 que en el cristal se refleja,
 ponen un beso sus labios
 cárdenos de rosa seca:
 -"¡Tú que pasas, Esperanza,
 sáname, que estoy enferma!"
 Y se pega a los cristales
 su piel de cristal con venas,
 y hay un sollozo en el alba
 mientras la Virgen se aleja...

Y otra vez Miércoles Santo.
 ¡Ya no pases, Madre buena!

¡Ya no te espera la niña
 azul en su calle estrecha.
 No hay nadie tras los cristales,
 nadie en la ventana ciega,
 nadie que te ponga un beso...
 ¡Ya no pases, Madre buena!
 Que si al pasar, tus reflejos
 en la ventana se espejan,
 se quebrarán los cristales
 de desilusión y pena,
 como se quebró la vida
 de la niña azul y enferma...
 Ya no hay nadie en la ventana.
 ¡No pases ya, Madre buena!
 -"Deja que pase, que pase..."-
 (cantó en el alba una estrella.)
 "Ella aquí no es Esperanza,
 ni yo aquí soy rosa seca.
 Ella es toda posesión
 y yo rosa fresca, fresca...
 Que pase, si en mi ventana
 se copia el palio, no temas,
 me asomaré a mis cristales
 para besarlo, hecha estrella,
 y se quebrarán de gozo
 como un aplauso en la fiesta..."

Miércoles de madrugada.
 La Esperanza está de vuelta
 y bajo un palio de estrellas
 en la Catedral se encierra.

Muchas gracias, hermanos, por vuestra
 atención.

He dicho.

Juan José Ruiz Plaza